

PRINCIPIOS BÁSICOS PARA EL ESTUDIO GEOLINGÜÍSTICO DE LA VARIACIÓN

Juan Manuel Hernández Campoy

Universidad de Murcia¹

Abstract: A paradigm whose existence as a field of study is older than that of the covariation of linguistic and social phenomena is the relationship between the spatial diffusion of linguistic phenomena and geographical factors (such as geographical features and communication networks). However, its systematic observation and the application of models from Human Geography to improve the description and explanation of the geographical distribution and behaviour of linguistic phenomena is rather recent. The aim of this paper is to show the influence of space (in addition to the social, context and time dimensions) in the geographical diffusion of linguistic innovations emerged from linguistic change. Crucial for purpose is to explore the incorporation of principles, findings and methods from Human Geography into the analysis and prediction of geographical diffusion models of sociolinguistic innovations resulted from linguistic change, as well as to examine their usefulness to the (socio)linguist.

Resumen: Un paradigma cuya existencia es más antigua que la de la covariación de fenómenos lingüísticos y sociales es la posible relación entre la transmisión regional de los fenómenos lingüísticos y los factores geográficos. Sin embargo, su observación sistemática y la aplicación de modelos procedentes la Geografía Humana es bastante reciente y esporádica. El objeto del presente trabajo es mostrar la influencia que el espacio (además de las dimensiones temporal, contextual y social) tiene en la difusión geográfica de las innovaciones lingüísticas surgidas del cambio. Crucial resulta para este fin explorar la posible incorporación de principios, descubrimientos, y métodos de la Geografía Humana al análisis y predicción de los modelos geográficos de difusión de las innovaciones sociolingüísticas, así como su posible utilidad para el (socio)lingüista.

¹ **Dirección para correspondencia:** Departamento de Filología Inglesa, Facultad de Letras, Campus de *La Merced*, Universidad de Murcia, 30071 Murcia, tel. 968-363181, fax 968-363185, E-mail: jmcampoy@um.es.

I. INTRODUCCIÓN

La relación entre la transmisión regional de los fenómenos lingüísticos y factores geográficos tales como las vías de comunicación, cadenas montañosas, bosques, lagos, zonas pantanosas o terrenos escabrosos, ríos y la distancia geográfica en sí, constituye un paradigma cuya existencia es anterior a la de la covariación de fenómenos lingüísticos, sociales y contextuales (véase Marinel Gerritsen 1988). Sin embargo, ha sido sólo recientemente cuando los lingüistas (P.J. Trudgill 1974 y M. Gerritsen & F. Jansen 1980, fundamentalmente) se han percatado de que la aplicación de modelos de la *Geografía Humana* y la utilización de sus datos estadísticos —como población, distancia, comunicaciones, conexiones y tráfico terrestre, marítimo y aéreo— podrían perfeccionar la descripción y explicación de la distribución geográfica de los fenómenos lingüísticos.

II. LA INCORPORACIÓN DE LO GEO- A LA SOCIOLINGÜÍSTICA

En los últimos años se ha buscado poner el espacio en el lugar que le corresponde, incorporando lo *geo* a la *sociolingüística* en forma de *geolingüística*, y concediéndole, por tanto, un mayor protagonismo teórico y metodológico a los conceptos del espacio y la espacialidad en el estudio de la transmisión y mantenimiento de las formas lingüísticas, junto con las dimensiones social y contextual. De este modo, si la Dialectología Tradicional es eminentemente rural y la Sociolingüística Laboviana es eminentemente urbana, la *Geolingüística* es una línea de investigación interdisciplinar sobre las características espaciales del lenguaje y cuya naturaleza se gesta en la confluencia de tres áreas: la **geografía lingüística** (*Dialectología Tradicional*), la **dialectología urbana** (*Sociolingüística Laboviana*) y la **geografía humana** (*Geografía*) (J.K. Chambers & P.J. Trudgill 1980). Combina, pues, la inmensa, y a la vez rica, cantidad de datos compilados en los atlas lingüísticos por los dialectólogos, el rigor metodológico de la Sociolingüística Laboviana y una mayor sensibilidad por los aspectos del espacio, como son las redes espaciales y la difusión de las innovaciones a través de las mismas, que viene dada de la Geografía. Es una disciplina centrada en la distribución espacial (geográfica) de las variedades lingüísticas o en el estudio de la dispersión geográfica de los elementos lingüísticos; y su objeto de estudio es la difusión geográfica de las innovaciones lingüísticas dentro del marco de la teoría de la variación (véanse también J.M. Hernández Campoy y M. Almeida 2005 y P. Trudgill y J.M. Hernández Campoy 2007).

La *Geolingüística* propone una dimensión más dinámica para el estudio de los fenómenos lingüísticos. No hay que contentarse simplemente con *describir* la distribución geográfica de los rasgos lingüísticos distintivos, como hasta ahora habían estado haciendo los dialectólogos, sino que también hay que *explicar* esa distribución. Esto es, diciendo exactamente *por qué* y *cómo* los rasgos lingüísticos distintivos en proceso de cambio lingüístico se difunden de un lugar o grupo social a otro. Así, podríamos entender con mayor precisión los mecanismos sociolingüísticos que subyacen a la distribución geográfica de las innovaciones lingüísticas. Es por ello que exige para esta disciplina una naturaleza más dinámica que la que hasta ahora había tenido la Dialectología. Así, del mismo modo que la variable lingüística, con la ayuda de la teoría y métodos sociológicos, puede perfeccionar nuestro conocimiento de la relación

existente entre el lenguaje y la sociedad, junto con una serie de revelaciones metodológicas y teóricas procedentes de la *geografía humana*, también puede perfeccionar nuestro conocimiento de las relaciones entre el lenguaje y la geografía, y el escenario geográfico del cambio lingüístico (Trudgill 1983: págs. 52-54).

III. PRINCIPIOS GEOLINGÜÍSTICOS

III.1. Principio I: el hablante y la lengua

Tanto el cambio lingüístico como su posterior difusión se inician en los propios hablantes. Considerando la opinión de Henry Cecil Wyld (1927), James Milroy (1992: 4) subraya algo tan sencillo y obvio como es el hecho de que las lenguas que no tienen hablantes *no* cambian, y por lo tanto es necesario centrar la atención sobre éstos. Esto, que puede resultar una obviedad, es algo en lo que los lingüistas no siempre han reparado, dado que son los hablantes quienes transforman las lenguas con su uso diario en la interacción comunicativa (Trudgill 1992b: vi). La lengua hablada es el central escenario del cambio lingüístico en proceso, al menos en sus estadios iniciales. Como señala Suzanne Romaine (1982: 14), desde un punto de vista tanto filogenético como ontogenético, la gente normalmente habla una lengua antes de llegar a escribirla. Además, la Fonología se encuentra más estrechamente vinculada al habla regularmente heterogénea y la actuación concreta de los hablantes dentro del nivel macrolingüístico, que es el perseguido por los sociolingüistas, dado que la lengua homogénea y el hablante ideal, o su competencia, no son más que meros productos tan artificiales como quiméricos. Es por ello que hemos de tener muy en cuenta el papel tan primordial del hablante como usuario (*speaker*) de la lengua realmente utilizada en la vida cotidiana (*performance*) y como portador de las innovaciones producidas en el seno de la comunidad (*speaker-innovation*). Esta visión se opone a la mantenida por la lingüística histórica tradicional, que se centraba en un sistema abstracto de reglas (*system*) empleadas por un hablante-oyente ideal, perfecto dominador de su lengua (*competence*), abordando todo fenómeno de cambio lingüístico en una dimensión tan diacrónica como abstracta (*language change*).

III.2. Principio II: hablante, lengua y geografía

Si asumimos que donde está la gente está también el lenguaje, los estudios sobre la distribución espacial de la población y sus análisis de concentración y dispersión de ésta pueden indicarnos dónde se hablan las lenguas a la vez que nos indican dónde se encuentran localizados los espacios y, concretamente, los núcleos urbanos. Si con la población se alude a la forma en que los habitantes se localizan sobre un territorio, con el poblamiento se analizan los asentamientos de población teniendo en cuenta su número, tamaño y distribución en un determinado ámbito territorial. Una población estará más dispersa cuanto más homogéneamente se distribuya por un territorio, y un poblamiento estará más disperso cuanto más elevado sea el número de asentamientos por unidad de superficie; lo contrario serían los casos de concentración tanto para una como para otra.

Igualmente, atendiendo a la movilidad geográfica del hablante, donde va la gente también va el lenguaje y, consiguientemente, el éxito o fracaso de cualquier proceso de difusión de una innovación surgida de un cambio dependerá en gran medida de la movilidad del portador del mismo. Partiendo de la premisa contenida en este Principio II, factores socio-económicos como la industrialización y los consiguientes procesos de urbanización, por ejemplo, no se limitan a generar simplemente un movimiento migratorio, sino también un cambio en el estilo de vida de los individuos afectados que opera muy directamente en sus valores y actitudes sociales y lingüísticas. Es decir, la industrialización y la urbanización provocan migraciones, normalmente de áreas rurales a urbanas, que pueden perfectamente alterar los sistemas lingüísticos tanto de los habitantes del núcleo de destino como de los correspondientes al de procedencia (véase J.M. Hernández-Campoy 1999).

III.3. Principio III: contacto lingüístico e interacción conversacional

Para que se genere el *contagio* (transmisión) de una innovación es necesario el contacto, que, a su vez, se produce mediante la interacción en contextos comunicativos fundamentalmente conversacionales, lo que no es más que la lengua oral. En este proceso de difusión serán esenciales, pues, los contactos interpersonales de los adoptantes potenciales. Partiendo de este presupuesto comunicativo básico, y, asumiendo que el lenguaje es un fenómeno social, el cambio lingüístico, como apunta James Milroy (1992: 4), es un producto de la propia actividad del hablante en contextos sociales (face-to-face interaction), por lo que no puede explicarse únicamente dentro de los sistemas lingüísticos. Es decir, el habla es una actividad de naturaleza fundamental y necesariamente social y, como subraya Peter Trudgill (1992a: 76), la interacción entre hablantes es esencial para la transmisión de innovaciones lingüísticas (véase también Trudgill 2002).

III.4. Principio IV: acomodación y adopción lingüísticas

La acomodación lingüística a rasgos lingüísticos prominentes de otros acentos, dialectos, o, simplemente, formas innovadoras, dentro del proceso de interacción comunicativa ‘cara-a-cara’, según Trudgill (1986), es crucial para que pueda tener lugar la difusión geográfica de las innovaciones lingüísticas. Es decir, la *acomodación* es indispensable en la difusión de las innovaciones lingüísticas y la interacción directa cara a cara entre los hablantes es, a su vez, esencial para que la acomodación tenga lugar: si las actitudes son favorables, en la interacción directa los hablantes se acomodan el uno al otro lingüísticamente reduciendo semejanzas entre sus modelos de habla y adoptando rasgos del habla del otro —y no imitándolos. De este modo se puede decir que la difusión ha tenido lugar en la primera ocasión que un hablante emplea un rasgo nuevo *en ausencia* de hablantes de la variedad que originariamente contenía este rasgo (Trudgill 1986: 40).

En este mismo sentido, la puesta en práctica de una innovación es la consecuencia de una toma de decisión personal o colectiva: la *adopción* consiste en decidir utilizar plenamente la innovación como estrategia óptima de acción, y su rasgo más sobresaliente es el carácter individual de la toma de decisiones en sí; aunque conforme aumenta el número de personas

que adoptan un fenómeno innovador en un espacio determinado, se incrementa también la presión sobre aquellas del mismo entorno que aún no la han adoptado. Pero el proceso de difusión es social y espacialmente selectivo, al menos en determinados estadios del mismo, al conllevar códigos de comportamiento basados, por ejemplo, en el, sexo, clase, o ciclo de vida (edad) en que se encuentra la persona o grupo que adopta o rechaza una determinada innovación. En términos generales, según Everett Rogers (1962), hay, al menos, cinco factores que intervienen en la trasmisión de las innovaciones (costumbres, ideas, prácticas, etc.) bien como aceleradores o bien como obstaculizadores: i) el fenómeno en sí, ii) las redes de comunicaciones, iii) la distancia, iv) el tiempo, y v) la estructura social.

III.5. Principio V: exposición a la innovación y modelos de gravedad

La difusión de las innovaciones lingüísticas, como cualquiera otra innovación, dependerá no sólo de la ubicación geográfica de las áreas dialectales sino también de *factores demográficos* —como su tamaño de población, las redes de comunicaciones entre grandes núcleos urbanos de población intra e inter-áreas, la localización geográfica (espacial) y social (grupo social innovador) de la innovación—; y *factores sociolingüísticos*, como el prestigio respectivo de las variedades en contacto, la distancia lingüística entre las mismas, y el propio sistema lingüístico en sí como factor de resistencia o acelerador de la innovación.

Con el fin de explicar las causas por las que una innovación lingüística se difunde a un núcleo *B* desde un núcleo *A* y no, por ejemplo, desde *C*, hemos de tener en cuenta un *modelo de gravedad*, es decir, la interacción de dos centros con la influencia resultante de uno sobre el otro, y dos parámetros dependientes como son la distancia y la población. Con este análisis, si se presupone que la difusión de un determinado fenómeno lingüístico la originan, por ejemplo, los factores *x*, *y* y *z*, hay que comprobar que el modelo que incorpora esos factores se ajuste a los datos perfectamente. Si así fuera, es muy plausible que la difusión del fenómeno se deba a los factores *x*, *y* y *z*. Si no, hay dos posibilidades: i) que los factores *x*, *y* y *z* no tengan nada que ver con la transmisión del mismo; o bien ii) que el modelo tiene que perfeccionarse puesto que otros factores distintos a *x*, *y* y *z*, también entran en juego, o puesto que son ciertamente esos los que intervienen aunque en una proporción distinta a la estimada inicialmente en el modelo, o simplemente porque se obstruyen entre sí (Marinel Gerritsen 1988: 1581).

De fundamentación plenamente probabilística, estos modelos macroanalíticos de gravedad se derivan de la Física Social y consideran el fenómeno migratorio como el resultado de leyes macroscópicas impersonales, tratando de reflejar el relativo poder de atracción de los orígenes y destinos potenciales. Son modelos cuantitativos fundamentalmente estructurales basados en la búsqueda de *regularidades* que sean susceptibles de expresión matemática y que sean capaces de ofrecer explicaciones universales donde no tienen cabida las situaciones específicas. Suponen la aplicación matemática en las Ciencias Sociales del *modelo de gravitación universal* de Isaac Newton: la atracción de dos cuerpos en el espacio es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa. Evidentemente, como apunta Huw Jones (1990: 189), las personas no son moléculas, pero sus comportamientos más globales pueden ser predecibles si atendemos a

probabilidades matemáticas. Sobre esta base, su asunción es que el movimiento de personas, bienes o información entre dos ciudades depende del tamaño y la distancia entre las mismas. De este modo, se incorporaron las variables tamaño poblacional y distancia a estos *modelos de gravedad* para determinar su interacción en el análisis de las migraciones: versionando la Ley de Newton, el movimiento entre dos ciudades (M_{ij}) es directamente proporcional al producto de sus poblaciones (P_i y P_j) e inversamente proporcional a la distancia que las separa (D). Tres factores fundamentales en este análisis serán, por tanto, i) el **tamaño de población** de los núcleos afectados, o no, por las innovaciones lingüísticas, ii) la **distancia geográfica** entre estos y iii) la **distancia lingüística**, o semejanza lingüística, existente entre los sistemas lingüísticos característicos de los mismos.

III.5.1. *Tamaño de Población*

Atendiendo al *tamaño de población*, sabemos que los cambios son más propensos a aparecer en las ciudades más grandes y más densamente pobladas que históricamente han constituido centros culturales. De ahí las innovaciones se transmiten, siguiendo una estructura jerárquica más que epidémica, a otras ciudades moderadamente grandes que se encuentran bajo el área de influencia del núcleo focal y así sucesivamente hasta alcanzar, en último término y siempre de modo gradual, los pueblos más pequeños y más escasamente poblados, aunque se encuentren próximos al foco originario. El tamaño de población y su distribución social, por tanto, constituyen un factor importante en los procesos de difusión, habida cuenta que implican un fenómeno realmente evidente y difícilmente cuestionable destacado por Trudgill (1992a: 76) como es el hecho de que los contactos interpersonales son probabilísticamente mayores cuanto mayor es también una población: «cuanto mayor sea el tamaño de población de un centro urbano, mayor será la probabilidad de que un individuo de cualquier otro lugar se encuentre con un hablante de esa ciudad». En este sentido, por ejemplo, «es 30 o 40 veces más probable que un hablante de Norwich se encuentre con un londinense en un determinado momento que al contrario simplemente porque la densidad de población de Londres es esas mismas veces más grande que la de Norwich» (Trudgill 1986: 40). Las personas residentes en áreas de población más densas, pues, se comunican más fácil y frecuentemente que aquellas residentes en áreas más escasamente pobladas.

En este sentido, desde la perspectiva de los estudios de *Geografía Humana*, el tratamiento de los espacios urbanos, se efectúa a dos niveles: el **interurbano**, en un macronivel, y el **intraurbano**, en un micronivel. Con el primero, las ciudades aparecen como elementos interrelacionados en un sistema, distribuyéndose y organizando un territorio; con el segundo, las ciudades son objeto de estudio individualizado, considerando cada centro como un todo, como un sistema intraurbano, y analizando su forma (morfología urbana) atendiendo al entorno natural (emplazamiento y situación) y a las interacciones funcionales producidas en el mismo, producto del cambio incesante. De este modo, toda ciudad puede estudiarse atendiendo a la forma, tamaño, función y a sus transformaciones históricas, lo que supone delimitar la jerarquía de los núcleos urbanos, considerando sus aspectos demográficos, área de influencia y sistemas de flujos entre sus distintos asentamientos. Según esto, existe una jerarquía entre los distintos núcleos urbanos en la que factores como el tamaño de la pobla-

ción y su funcionalidad tienen una considerable importancia. Es decir, no todas las ciudades desempeñan el mismo papel ni tienen la misma importancia dentro de una región o país, sino que forman una jerarquía en la que factores como la *distancia demográfica* y la *distancia funcional* inciden notablemente. La primera viene dada por la diferencia del tamaño de población existente entre los asentamientos, mientras que la segunda se deriva de la anterior y la determina el número de funciones y actividades ofrecidas por la ciudad. La diferencia en el tamaño de población, o número de habitantes, entre los distintos asentamientos representa un factor muy importante en la jerarquización de los núcleos urbanos. Normalmente, en los países desarrollados no suele haber grandes desequilibrios entre estos, al abundar las ciudades de muy diversos niveles (sistema multicéfalo). Sin embargo, los países subdesarrollados presentan una situación muy distinta en la que la distancia entre la ciudad más grande y la inmediatamente anterior es muy pronunciada (sistema monocéfalo). Así, el alto grado de jerarquización que poseen los países avanzados viene dado por el diversificado número de niveles relativos al tamaño urbano, habiendo una gradación entre la capital del Estado y las metrópolis regionales: ciudades grandes, intermedias, pequeñas y cabeceras comarcales. Pero a esta jerarquía de tamaños corresponde normalmente una funcional y otra consiguiente espacial. Cuanto mayor es una ciudad, más elevado es el número de actividades y funciones que acapara, lo que, a su vez, se traduce en un *área de influencia* más amplia que comprende a otras ciudades y núcleos de menor centralidad o rango funcional (Pedro Plans *et al.* 1984: 530). De este modo, dentro de esta jerarquización, las ciudades de rango inferior siempre recurrirán a los servicios de las ciudades de rango superior.

Esto supone, como apuntan Yves Lacoste & Raymond Ghirardi (1983: 174), que la jerarquía de los núcleos urbanos depende de la importancia desigual de las actividades del sector terciario (comercios, servicios, administración, bancos, enseñanza, investigación, equipo médico, transporte, etc.) ofrecidas en cada una de las ciudades y que están destinadas a la región: «la jerarquía es, pues, el resultado de la desigualdad de las funciones terciarias». Así, en el sector terciario de cada núcleo de población ciertos servicios estarán destinados a sus propios habitantes, mientras que otros, además, servirán a los de los alrededores, que serán núcleos urbanos menos importantes o incluso rurales: los habitantes de una zona de influencia en un determinado *campo urbano* se dirigirán a una determinada ciudad, o *lugar central*, más que a otra según los servicios que ésta sea capaz de ofrecer. Es así como la ciudad polariza el espacio, y esa polarización se manifiesta a través de unos desplazamientos de personas, mercancías y moneda que son los sistemas de *flujos* entre los distintos asentamientos, con la red viaria como soporte físico de los mismos.

III.5.2. *Distancia Geográfica*

Como en cualquier epidemia, en el proceso de difusión y adopción de las innovaciones la comunicación, traducida en términos de interacción social con contacto personal directo, y la proximidad tienen una incidencia fundamental. Atendiendo a la *distancia*, pues, no es menos cierto que la influencia ejercida por cada centro urbano es directamente proporcional a su masa de población e inversamente proporcional a la distancia que lo separa. Es decir, dado que en el proceso de difusión y adopción de las innovaciones la interacción social con

contacto personal directo tiene una incidencia fundamental y dado que la comunicación es una función decreciente con la distancia, el posible *efecto de vecindad* también disminuye con la distancia, pues, cuanto más próxima esté la unidad potencial de adopción a la fuente de innovación o a otra unidad que la haya adoptado ya, mayor será la posibilidad de que lo haga. Esto significa, como Peter Trudgill (1992a: 76) subraya, que «en igualdad de condiciones, la gente, por norma general, contacta más frecuentemente con quienes viven más cerca de ellos y menos con los que viven más lejos», con lo que, siguiendo en el ejemplo de Inglaterra, «las innovaciones surgidas en Londres llegan a Norwich antes que a Sheffield, y a Sheffield antes que a Newcastle» (Trudgill 1986: 40). Esto explica en parte los motivos por los que cuanto más nos alejamos de un área focal, más conservadoras son las áreas dialectales: tienen menos ocasión, y por tanto menos probabilidades, de estar expuestas a ser alcanzadas por una innovación surgida en el foco de irradiación. De este modo, en la irradiación de las influencias innovadoras originada en los focos de difusión de un cambio actúa decisivamente el *principio de gradiente*, que subraya el efecto de decrecimiento de las mismas con la distancia: el grado de influencia de una fuente de innovación varía inversamente con la distancia a la unidad potencial más próxima y directamente con su tamaño (rango). Es decir, el modelo de gravedad de la interacción sugiere dos tipos de relaciones básicos: i) cuanto mayor es el tamaño de una población, o de las dos implicadas, mayor es también el movimiento entre ellas; y ii) cuanto más distanciadas están ambas poblaciones menos movimiento hay entre ellas. Esto significa que la distancia tiene un efecto *friccional* sobre la posibilidad de movilidad, fenómeno conocido como ‘la fricción de la distancia’ (véase M.G. Bradford & W.A. Kent 1977: 115).

Los sistemas de flujos entre los distintos asentamientos, es decir, la movilidad de sus habitantes en el espacio geográfico, permitirán la mayor o menor exposición a las innovaciones: *tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe*. Es decir, el grado de movilidad afecta muy directamente a las ciudades y regiones, y concretamente a sus características intrínsecas, como puede ser su nivel de conservadurismo o innovantismo. Por ello, la cuantificación de la presencia o ausencia de rasgos lingüísticos innovadores/conservadores puede caracterizar a las áreas dialectales en uno u otro sentido, y, además, junto con unas aproximaciones sociológicas y antropológicas, ofrecernos una propensión al conservadurismo o, por el contrario, al innovantismo de las mismas. En este sentido, la **movilidad** de los adoptantes potenciales va a resultar un factor fundamental en los procesos de difusión de las innovaciones sociolingüísticas surgidas del cambio, dado que posibilita la interacción, e incluso mezcla, horizontalmente —de una región geográfica otra— y verticalmente —de una clase social a otra. Como afirma Jack Chambers (1995: 65-66), aunque el factor *movilidad* no ha sido tratado como variable independiente en los estudios sociolingüísticos, los dialectólogos, por el contrario, han sido muy conscientes de su poder uniformizador en lo que a dialectos se refiere, de ahí su uso de informantes NORMs (véase Chambers & Trudgill 1980: 33). Es decir, este factor tiene la fuerza de una ley lingüística natural, dado que, mientras que la movilidad hace que la gente hable y suene como la de otras regiones, el aislamiento, por el contrario, hace que la gente *no* hable y suene como las de otras regiones.

Los modelos macroanalíticos de la teoría de la movilidad en la *Geografía Humana*, han demostrado la existencia, actualmente, de un continuum de propensión migratoria dentro del

cual, en un extremo, se encuentran las clases altas (élite móvil de ‘white-collar workers’), normalmente con mayores posibilidades, a la vez que probabilidades, de movilidad espacial, y en otro, las clases bajas, normalmente con menos. Si, como Huw Jones (1990: 197) señala, en el siglo XIX los individuos más móviles de la población eran los grupos de clase baja, despreocupados de tener que cargar con ningún tipo de posesiones y con un acceso directo a las oportunidades de alquiler u hospedaje, en los países desarrollados contemporáneos son los grupos con mayores ingresos, mayor formación y cualificación los más propensos a migrar, especialmente grandes distancias. Los grupos de estatus más elevado tienen la posibilidad de, a la vez que la preparación suficiente para, obtener y analizar muy diversas fuentes de información sobre empleos y viviendas en unas áreas geográficas muy amplias; además, aunque su mercado laboral es territorialmente extenso, muy frecuentemente está limitado por la propia disponibilidad de las plazas, de modo que el cambio de empresario o incluso de posición dentro de una empresa normalmente implica una movilidad en espiral: tanto social como espacial. En cualquier caso, no todos los grupos de estatus más elevado disponen de tantas posibilidades de movilidad espacial. Es decir, las profesiones autónomas como doctores, dentistas, abogados, arquitectos, o asesores, por ejemplo, requieren grandes inversiones en equipamiento y captación de clientes durante varios años, con lo que su propensión migratoria es muy restringida. Por el contrario, hay una élite móvil de trabajadores ‘de cuello blanco’, los ‘white-collar workers’, compuesta de personal directivo y técnico de alto nivel que ocupa las sucursales (delegaciones, departamentos, ramas, etc.) de grandes organizaciones multinacionales tanto privadas como estatales. Al otro extremo de un supuesto continuum de propensión migratoria se encuentran los trabajadores no cualificados. Como los distintos tipos de trabajo que desempeñan están muy ampliamente disponibles desde un punto de vista espacial, estos trabajadores no tienen una fuerte necesidad ni suficientes incentivos para hacer desplazamientos de grandes distancias: sus bajos salarios, las escasas posibilidades de movilidad y de adquisición de vivienda, junto con las dificultades propias de la adaptación, en todos los sentidos (socialización, colegio de los hijos, burocracia, etc.), constituyen una poderosa fuerza disuasoria para ellos (véanse H. Jones 1990, y R. Puyol 1990 y 1992).

Igualmente, también sabemos por la *Geografía Humana* conjuntamente con la *Sociología*, que la naturaleza misma de las innovaciones y los factores estructurales (características físicas, económicas y políticas del entorno rural/urbano), no son los únicos elementos intervinientes en el proceso de su adopción y difusión. También son fundamentales las características personales, aptitudinales, sociales y psicológicas (actitudinales concretamente) de los adoptantes potenciales con respecto a otros miembros pertenecientes al mismo sistema social, o comunidad, que condicionan decididamente el *grado de innovatividad*: la capacidad, tanto aptitudinal como actitudinal, de innovación, que, para la Sociolingüística, Ellen Douglas-Cowie (1978) consiguió detectar y cuantificar en forma de *ambición social* (grado de «interés por ‘triunfar en la vida’»).

Pero la conducta innovadora o conservadora del individuo normalmente también se ve directamente afectada por el ciclo de vida en que se encuentra y, consiguientemente, el modo/estilo de vida que sigue. Atendiendo al estatus familiar, tenemos que hacer alusión a las consecuencias de la industrialización y la urbanización, que tuvieron una inciden-

cia considerable en los tradicionales modelos familiares. La organización del trabajo y la producción fuera del seno familiar y la creciente incorporación de la mujer al trabajo remunerado determinan que el individuo o la pareja puedan optar por tres *modos de vida*, si bien se participa, en mayor o menor grado, de los tres: i) el consumista, con el que se opta por la buena vida y el ocio; ii) el profesionalista, con el que se supedita prácticamente todo a la promoción vertical, consagrandos los esfuerzos y el tiempo a lograr este fin; y iii) el familista, centrado en el hogar y el cuidado de los niños (véase T. Højrup 1983). Las opciones profesionalistas y consumistas tienden a valorar más el centro por razones de accesibilidad al trabajo y recreo (oportunidades de relación y diversión) respectivamente, mientras que la familista valora más la calidad del entorno urbano, la seguridad o el tamaño y comodidad de la vivienda. Muy en estrecha relación con la elección de entre estas tres opciones está el factor del *ciclo de vida familiar*, que obligan al individuo/pareja a tender más a un modo de vida que a otro. Generalmente, toda persona o pareja atraviesa las siguientes seis etapas: 1ª, previa a los hijos; 2ª, crianza de los hijos; 3ª formación de los hijos; 4ª, lanzamiento de los hijos; 5ª, emancipación de los hijos; y 6ª, la tercera edad, bien en pareja o viudez. Con todo, esta caracterización responde más a las motivaciones de la clase, al menos, media, poseedora de una renta que le permite satisfacer las necesidades tenidas según sus modos y estilos de vida, pero guarda poca relación con los grupos sociales pobres y marginados, dado que sus posibilidades de promoción se ven obstaculizadas por la falta de recursos económicos o por el rechazo de la sociedad. Debido a su carácter selectivo, la emigración se nutre normalmente de las personas más jóvenes y ambiciosas de la sociedad. El factor edad, pues, es probablemente el más importante a la hora de distinguir a un migrante de un *no* migrante. En cualquier análisis, el hecho diferencial más constante, con independencia de los distintos contextos, es que los adultos jóvenes tienen una tendencia más migratoria que otros grupos. Esto refleja de algún modo las demandas generadas en las distintas fases del estatus y ciclos de vida familiares que acabamos de ver.

Muy vinculado al factor ontogenético es el del sexo, dado que la propensión migratoria en la mujer alcanza las cotas más altas de movilidad entre sus 20 y 30 años, las cuales, a su vez, coinciden normalmente con la frontera que delimita el cambio de soltera a casada, con la habitualmente consiguiente crianza de los hijos propia de la etapa familista.

Para comprender el innovantismo y conservadurismo de las variedades lingüísticas, así como los procesos de transmisión y mantenimiento de las formas lingüísticas a través de sus hablantes habría que tener en cuenta también la *teoría de los sistemas de redes sociales* adaptada y desarrollada por Lesley Milroy y James Milroy desde modelos de la *Geografía Humana*. Los hablantes están influidos lingüísticamente por los miembros de los sistemas de redes sociales a los que pertenecen, llegando incluso a funcionar estas como un auténtico mecanismo de refuerzo de normas (Milroy & Milroy 1985: 359). Las redes sociales aparecen, pues, como las relaciones informales contraídas por los individuos, en las que el grado de adhesión (naturaleza periférica/nuclear) afecta muy considerablemente a la estructura del habla de una persona, y a la posibilidad de adopción, y posterior difusión, o rechazo de un determinado rasgo lingüístico innovador en proceso de cambio. De este modo, según Lesley Milroy & James Milroy (1985), son los vínculos sociales más débiles de la red social ('weak

social ties'), y no los más fuertes ('strong social ties'), los que provocan la transmisión de las innovaciones lingüísticas en proceso de cambio por requerir un menor esfuerzo, por afectar a más individuos, por tender a escapar de las normas vernáculas y por estar más expuestos a las presiones externas que favorecen el cambio, como puede ser el grado de contacto con hablantes de otras variedades dialectales diferentes. Así, la movilidad regular conduce inevitablemente al debilitamiento de los vínculos con las comunidades locales, tendiendo a actuar como potenciales innovadores aquellos hablantes cuyos contactos sociales y espaciales son heterogéneos.

Los fenómenos del endocentrismo y exocentrismo también influyen muy considerablemente en el posible desarrollo de un cambio lingüístico. Al referirse a los modelos conservadores e innovadores de las variedades lingüísticas, Henning Andersen (1986) establece una distinción entre comunidades dialectales *abiertas* (innovadoras) y comunidades dialectales *cerradas* (conservadoras). Paralelamente, distingue entre variedades con vínculos fuertes cuyas actitudes psico-sociales dentro de la comunidad tienden al mantenimiento de la identidad local y a la resistencia a la posible influencia externa, que serían las *endocéntricas*, y variedades con vínculos más débiles y cuyas actitudes son más aperturistas, receptoras y, por tanto, más innovadoras, que serían las *exocéntricas*. Este era el caso del danés, una lengua de alto contacto y de carácter eminentemente innovador, y en feroés, una lengua de bajo contacto y de carácter eminentemente conservador, ambas procedentes del Nórdico Antiguo. Otro ejemplo similar al anterior es el de las lenguas inglesa e islandesa, ambas procedentes de la rama Germánica, pero con distinta suerte evolutiva posterior.

III.5.2. Distancia Lingüística entre Sistemas

Atendiendo, finalmente, al tercero, al propio *sistema lingüístico* y la semejanza lingüística pre-existente, la mayor o menor compatibilidad de una determinada innovación surgida con las características intrínsecas de una variedad dialectal, o lingüística en general, facilitará, o no, el proceso de adopción. A ello contribuyen muy decididamente las actitudes lingüísticas frente a las variedades que hemos tratado en otro trabajo del presente volumen: «parece ser psicológica y lingüísticamente más fácil adoptar rasgos lingüísticos de aquellos dialectos o acentos que más se asemejan al nuestro en gran medida —podemos asumirlo—, porque los ajustes que tienen que hacerse son menores», con lo que «probablemente el inglés de Norwich es más parecido al de Canterbury que al de Peterborough, por ejemplo, aunque esto es difícil de medir» (Trudgill 1974: 234). Del mismo que en la interacción actúa decisivamente el *principio de gradiente*, que subraya el efecto de decrecimiento de la misma con la distancia, en este caso, al hablar del potencial de influencia, es además fundamental el concepto de *efecto de vecindad*, el cual limita la probabilidad de adopción de las innovaciones por parte de las unidades potenciales de adoptantes al vincularla también muy estrechamente con la distancia: cuanto más próxima esté la unidad potencial de adopción a la fuente de innovación o a otra unidad que la haya adoptado ya, mayor será la posibilidad de que la adopte. En este sentido, el *potencial de influencia* será el grado de influencia ejercida (capacidad de influir) y recibida (capacidad de ser influida) por los distintos centros proporcional al número de habitantes.

CONCLUSIÓN

Los modelos de difusión ofrecidos por la *Geolingüística* tomados de la Geografía Humana, los que hemos pretendido destacar en este trabajo, presentan ventajas, desventajas e incluso inconvenientes que en Hernández Campoy (1999, 2003a, 2003b) ya analizamos y valoramos. Evidentemente, las personas no son moléculas, pero sus comportamientos más globales pueden ser predecibles si atendemos a las probabilidades matemáticas de sus modelos comportamentales generales y regulares más habituales. Puede ser el caso, ciertamente, que, en su búsqueda de las regularidades por agregación de datos de manera global, desde un punto de vista holístico, ofrecen tendencias generales que, sin embargo, desde un punto de vista atomístico, no tienen por qué coincidir con fenómenos concretos. Pero una comparación en tiempo real entre modelos detectados en distintos momentos, aun obtenidos mediante datos globales agregados, puede ofrecernos una perspectiva más amplia para percibir cómo cambian las estructuras y los mismos modelos de difusión conforme varían también la importancia de los núcleos urbanos y el prestigio de los dialectos o acentos locales de un período a otro a lo largo de la historia de una lengua; y, en última instancia, nos pueden arrojar luz sobre los mecanismos de difusión. Ahora bien, la difusión lingüística no es una mera consecuencia de atributos geográficos y demográficos, sino que la interacción cara a cara entre los hablantes procedentes de los centros urbanos implicados, las redes sociales locales así como las connotaciones sociales y psicológicas asociadas a distintas formas dialectales pueden afectar muy decisivamente al proceso de difusión sociolingüística.

Así, habiendo contribuido a poner el espacio en el lugar que le corresponde, incorporando lo *geo* a la *sociolingüística*, en la misma línea que Britain (1991), tomarán un mayor protagonismo teórico y metodológico los conceptos del espacio y la espacialidad en el estudio de la transmisión y mantenimiento de las formas lingüísticas, junto con las dimensiones social y contextual. Esta integración permitiría, pensamos, un refinamiento y una mayor precisión de los análisis y, consiguientemente, un paso más adelante en el perfeccionamiento de la teoría del cambio lingüístico y su difusión. En último término, no tendríamos otra pretensión más que contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, al desarrollo de nuestro conocimiento de la naturaleza y estructura del lenguaje en tanto que facultad humana.

REFERENCIAS

- Andersen, H. (1986) «Center and Periphery: Adoption, Diffusion and Spread», en J. Fisiak (ed)(1988).
- Bradford, M.G. & Kent, W.A. (1977) *Human Geography; Theories and Applications*. Oxford: O.U.P.
- Britain, D. (1991) *Dialect and Space: A Geolinguistic Analysis of Speech Variables in the Fens*. Colchester: University of Essex (Tesis Doctoral sin publicar).
- Chambers, J.K. (1995) *Sociolinguistic Theory: Linguistic Variation and Its Social Significance* (Language in Society Series, 22). Oxford: Blackwell.
- Chambers, J.K. & Trudgill, P. (1980) *Dialectology*. Cambridge: C.U.P.

- Douglas-Cowie, E. (1978) «Linguistic Code-switching in a Northern Irish Village: Social Interaction and Social Ambition», en P.J. Trudgill (ed) (1978), págs. 37-51.
- Fisiak, J. (ed) (1988) *Historical Dialectology: Regional and Social* (Trends in Linguistics, Studies and Monographs No. 37). Berlín: Mouton de Gruyter.
- Gerritsen, M. (1988) «Sociolinguistic Developments as a Diffusion Process», en U. Ammon, N. Dittmar & K. Mattheier (eds) (1988) *Sociolinguistics: An International Handbook of the Science of Language and Society* (vol 2). Berlín: Walter de Gruyter. Págs. 1574-1591.
- Gerritsen, M. & Jansen, F. (1980) «The Interplay of Dialectology and Historical Linguistics: Some Refinements of Trudgill's Formula», en P. Maher (ed) (1980) *Proceedings of the 3rd International Congress of Historical Linguistics*. Amsterdam: Benjamins. Págs. 11-38.
- Hägerstrand, T. (1970) «What about People in Regional Science?», en *Papers of the Regional Science Association*, vol. 24, 1970, págs. 7-21.
- Hernández-Campoy, J.M. (1999) *Geolingüística: Modelos de Interpretación Geográfica para Lingüistas*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Hernández Campoy, J.M. (2003a). Exposure to Contact and the Geographical Adoption of Standard Features: Two Complementary Approaches. *Language in Society* 32 (3), 227-255.
- Hernández Campoy, J.M. (2003b). Geolinguistic Patterns of Diffusion in a Spanish Region: The Case of the Dialect of Murcia. *Estudios de Sociolingüística* 4 (2), págs. 613-652.
- Hernández Campoy, J.M. y Almeida, M. (2005) *Metodología de la Investigación Sociolingüística*. Granada: Comares.
- Højrup, T. (1983). The concept of life-mode: A form-specifying mode of analysis applied to contemporary western Europe. *Ethnologia Scandinavica*, págs. 1-50.
- Jones, H. (1990) *Population Geography*. London: PCP.
- Lacoste, Y. & Ghirardi, R. (1983) *Geografía General: Física y Humana*. Barcelona: Oikos-Tau (versión castellada de Eulàlia Pahissa).
- Milroy, J. (1992) *Linguistic Variation and Change* (Language in Society Series, 19). Oxford: Blackwell.
- Milroy, J. & Milroy, L. (1985) «Linguistic Change, Social Network and Speaker Innovation», en *Journal of Linguistics*, vol. 21, págs. 339-384.
- Plans, P., Derruau, M., Allix, J.P., Dacier, G. & Ferrer, M. (1984) *Introducción a la Geografía General*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Puyol, R. (coord) (1990) *Geografía Humana*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Puyol, R. (1992) «La Población», en Puyol, R., Estébanez, J. & Méndez, R. (1992) *Geografía Humana*. Madrid: Cátedra.
- Rogers, E.M. (1962) *Diffusion of Innovations*. Nueva York: Free Press.
- Romaine, S. (1982) *Socio-historical Linguistics*. Cambridge: C.U.P.
- Trudgill, P.J. (1974) «Linguistic Change and Diffusion: Description and Explanation in Sociolinguistic Dialect Geography», en *Language in Society*, vol. 3, 1974, págs. 215-246.
- Trudgill, P.J. (1983) *On Dialect: Social and Geographical Perspectives*. Oxford: Blackwell.
- Trudgill, P. (1986) *Dialects in Contact*. Oxford: Basil Blackwell.

- Trudgill, P.J. (1992a) «Dialect Contact, Dialectology and Sociolinguistics», en K. Bolton & H. Kwok (eds) (1992) *Sociolinguistics Today: International Perspectives*. Londres: RKP. Págs. 71-79.
- Trudgill, P.J. (1992b) «Editor's Preface», en J. Milroy (1992).
- Trudgill, P.J. (2002) *Sociolinguistic Variation and Change*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Trudgill, P.J. y Hernández Campoy, J.M. (2007) *Diccionario de Sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- Wyld, H.C. (1927) *A Short History of English*. Londres: John Murray (3ª Edición).